

VII

En Remilly una espantosa confusión de hombres, caballos y carruajes llenaba la calle en cuesta que descende hacia el Meuse. Delante de la iglesia, á la mitad de la cuesta, los cañones, con las ruedas atascadas, no podían avanzar, á pesar de los latigazos que los conductores arreaban al ganado; allá abajo, cerca de la fábrica de hilados, por donde pasa el Emmane, formaban cola los furgones atascados, volcados, que cerraban el camino; mientras que una oleada de soldados que por momentos aumentaba se peleaba en la posada de la Cruz de Malta, sin poder obtener un vaso de vino.

Y aquel empuje furioso iba á pasar más lejos, al otro extremo de la aldea, que un bosquecillo separa del río y donde los ingenieros habían colocado por la mañana un puente de barcas. La casa del barquero se encontraba allí muy blanca, solitaria, entre las hierbas altas. En las dos márgenes del río, se habían encendido grandes hogueras que se atizaban continuamente y que alumbraban los contornos, en aquella noche oscura, como si fuera de día. Entonces se veía el enorme hacinamiento de tropas que aguardaban, mientras que por la pasarela sólo podían transitar dos hombres á la vez y sobre el puente, de unos tres metros de ancho, la caballería, la artillería y los bagajes desfilaban al paso con gran lentitud. Decláse que había allí aún una brigada del primer cuerpo, un convoy de municiones, sin contar los cuatro regimientos de coraceros de la división Bonnemain. Y detrás llegaba

todo el 7.º cuerpo, treinta y tantos mil hombres, creyendo tener al enemigo á la espalda, empujando, con el deseo ardiente de ponerse al abrigo de sus ataques, al otro lado del río.

La desesperación fué inmensa. ¡Cómo! ¡andaban desde por la mañana sin comer, acababan de salir á fuerza de energía del terrible desfiladero de Haraucourt y todo ese esfuerzo ¿para qué? para tropezar en medio de aquel desorden con una infranqueable barrera! Antes de muchas horas tal vez, los últimos que habían llegado no podrían pasar; y todos comprendían muy bien que si los prusianos no se atrevían á continuar persiguiéndolos de noche, al amanecer se presentarían allí. Se dió la orden de formar pabellones y acamparon sobre las inmensas laderas cuyas pendientes, costeadas por la carretera de Mouzon, bajan hasta las praderas situadas á la orilla del Meuse. Detrás, coronando la meseta, la artillería de reserva se estableció en batalla, apuntando los cañones hacia el desfiladero para batirlo en caso de necesidad, y de nuevo comenzó la espera, sublevadas y angustiadas las tropas.

El 106º se encontraba encima del camino, en un rastrojo que dominaba la planicie extensa. Los soldados habían soltado sus armas con algún recelo, no sin mirar antes hacia atrás, ante el temor de verse atacados. Todos, con la cara seria, se callaban, murmurando sólo de vez en cuando palabras preñadas de rabia. Iban á dar las nueve y llevaban allí dos horas; y muchos, á pesar del cansancio, no podían dormir, echados sobre el suelo, estremecidos, prestando atención al menor ruido. No lucha-

ban ya contra el hambre que los devoraba; comían luego, al otro lado del río, y comerían hierba si no encontraban otra cosa. Pero los obstáculos que se oponían al paso parecía que iban aumentando; los oficiales que el general Douay había apostado cerca del puente, regresaban cada veinte minutos con la misma desconsoladora noticia de que hacían falta muchas horas todavía para pasar el río.

Por último, el general se decidió á abrirse paso hasta el puente. Se le veía á caballo, dentro del agua, activando la maniobra.

Mauricio, sentado en un declive con Juan, volvió á repetir señalando el Norte:

—Sedán está allí, en el fondo... ¡Y mira! Bazeilles está ahí... y después Bouzy, y luego Carignán á la derecha... Es probable que nos reconcentremos en Carignán... ¡Si fuese de día, ya verías como hay sitio!

Y su mano señalaba el inmenso valle, lleno de sombras. El cielo no estaba tan oscuro que no se pudiese seguir, en el desarrollo de los prados negros, el curso del río. Los bosquecillos de árboles formaban pesadas masas, una hilera de álamos, especialmente á la izquierda, cerraba el horizonte como si fuera un dique fantástico. Después, en el fondo, detrás de Sedán, tachonado con algunas luminarias, era un hacinamiento de tinieblas, como si todos los bosques de los Ardennes hubiesen echado allí el telón de sus encinas seculares.

Juan había vuelto á mirar el puente de barcas que se hallaba por debajo de ellos.

—¡Mira, mira! Se va á desbaratar. Nunca podremos pasar por ahí.

Las hogueras en los dos ribazos seguían ardiendo

y su claridad era tanta en aquel momento, que la escena en su horror, se contemplaba como si fuese la de una aparición. Bajo el peso de la caballería y de la artillería que desfilaban desde por la mañana, los maderos que sostenían las barcas, habían acabado por hundirse, de modo que el tablero del puente se encontraba dentro ya del agua algunos centímetros. Ahora pasaban los coraceros de dos en dos y en fila, saliendo de las sombras de un ribazo para desaparecer en las sombras del otro, y no se veía el puente, parecía que marchaban sobre el agua, sobre aquellas aguas que iluminaban un incendio. Los caballos relinchaban; con las crines encrespadas y las patas tendidas avanzaban con terror por aquel suelo movedizo que sentían vacilar. Derechos sobre los estribos, recogidas las bridas, los coraceros pasaban, pasaban siempre, envueltos en sus capotes blancos, no dejando ver más que los cascos que reflejaban el incendio de las hogueras. Parecían jinetes fantásticos yendo á la guerra de las tinieblas, con cabelleras de llama.

Una queja lastimera profirieron en aquel momento los labios de Juan.

—¡Tengo hambre!

Al rededor de ellos, los hombres se habían dormido á pesar de tener el estómago vacío. El cansancio hacía olvidar el miedo, haciéndoles caer al suelo de espaldas, con la boca abierta, aplanados bajo aquel cielo sin luna. Mientras esperaban á que se franquease el paso, el ejército desde un extremo al otro habíase entregado al silencio.

—¡Tengo hambre! ¡tengo mucha hambre!

Era el grito que Juan, tan duro para sufrir, no

podía contener ya, que le salía de la garganta, bien á pesar suyo, en el delirio del hambre, después de haber pasado treinta y seis horas sin comer. Mauricio se resolvió entonces, viendo que en dos ó tres horas no podría pasar su regimiento.

—Oye, tengo un tío por aquí, el tío Fouchard, de quien te he hablado... Es allá arriba, á unos quinientos ó seiscientos metros y dudaba si ir, pero puesto que tienes tanta hambre, ya nos dará pan el tío ¡qué demonio!

Y se llevó á su compañero que se abandonaba. La casería del señor Fouchard se encontraba á la salida del desfiladero de Haraucourt, cerca de la meseta donde había tomado posiciones la artillería de reserva. Era una casita baja con bastantes dependencias; un pajar, un establo y una cuadra, y del otro lado del camino, en una á modo de cochera, el señor Fouchard había instalado su comercio de carnicero ambulante, donde degollaba los animales, cuya carne iba á vender después por los pueblos.

Al aproximarse le chocaba á Mauricio el no ver ninguna luz en la casería.

—¡Ah! el miserable avaro lo habrá cerrado todo y no querrá abrir.

Desde lejos se paró. Delante de la casería una docena de soldados se agitaban desesperadamente; merodeadores ó hambrientos que buscaban algo. Primero habían llamado á voces, después habían empezado á patadas, y ahora, viendo la casa obscura y silenciosa, daban culatazos en la puerta, con objeto de hacer saltar la cerradura. Los soldados se impacientaban y juraban.

—¡Vamos! ¡echad la puerta abajo, puesto que no hay nadie!

Bruscamente se abrió el postigo de una ventana del pajar; un viejo, con blusa, la cabeza descubierta, apareció con una vela en la mano y un fusil en la otra. Bajo su encrespado pelo blanco se encuadraba una cara cortada por largas arrugas, la nariz gruesa, los ojos grandes y pálidos.

—¡Sois ladrones, puesto que lo rompéis todo! — ¿Qué queréis?

Los soldados, sorprendidos, retrocedían.

—Nos moriremos de hambre, queremos comer.

—Nada tengo, ni un mendrugo... ¿Creéis acaso que tengo provisiones en mi casa para dar de comer á cien mil hombres?... Esta mañana han pasado por aquí otras tropas, las del general Ducrot, y se han llevado todo lo que tenía!

Uno á uno los soldados volvían á acercarse.

—Abra usted, buen hombre; de todos modos descansaremos y ya encontrará usted algo para comer...

Y volvieron á empezar los culatazos, hasta que el viejo, colocando el candelero en el alfeizar de la ventana, apuntó.

—¡Como hay Dios, que le levanto la tapa de los sesos al primero que toque la puerta!

La batalla estuvo á punto de comenzar. Los sitiadores aullaban que era necesario quitar de en medio al viejo aldeano que, como todos los otros, habría enterrado el pan, antes que dar un bocado á los soldados. Y los cañonos de los fusiles le apuntaban, le iban á fusilar casi á boca-jarro; mientras que el viejo, testarudo, no cedía.

—¡Nada! ¡ni un mendrugo!... ¡Me lo han cogido todo!

Mauricio echó á correr seguido por Juan.

—¡Compañeros! ¡compañeros!...

Desviaba la puntería de los fusiles, haciendo bajar los cañones y levantando la cabeza en tono de súplica.

—¡Vamos! atienda usted á razones... ¿No me reconoce usted? Soy yo.

—¿Quién eres?

—Mauricio Levasseur, su sobrino.

El señor Fouchard había vuelto á coger la luz. Debió reconocerle. Pero se empeñaba en no querer dar ni un vaso de agua.

—Sobrino ó no, ¡quien puede saberlo, con esta noche tan negra!... ¡Marchaos todos ó tiro!

Y, á pesar de las imprecaciones, de las amenazas de quemarle la casa y degollarle, continuaba el viejo repitiendo:

—¡Largaos de aquí ó tiro!

—¿A mí también, padre?—preguntó repentinamente una voz fuerte, dominando el tumulto.

Los soldados se apartaron y un sargento de artillería se presentó. Era Honorato, cuya batería se encontraba á unos doscientos metros de allí y que llevaba dos horas luchando contra el irresistible deseo de llamar á aquella puerta. Habíase jurado no volver á pasar el dintel, no había escrito ni una carta en los cuatro años que llevaba en el servicio, á aquel padre á quien interpelaba tan secamente. Los soldados empezaron á cuchichear, concertándose. ¡El hijo del viejo y un sargento! ¡nada quedaba que hacer, había que ir á buscar por otra parte!

Desfilaron, se desvanecieron en las sombras de la noche.

Cuando el señor Fouchard comprendió que se había salvado del pillaje, añadió sin emoción alguna, como si hubiese visto la víspera á su hijo:

—¿Eres tú?... bueno, ahora bajo.

Fué larga la espera. Se oyó dentro un ruido de abrir y cerrar cerraduras, como hombre prevenido. Por último se abrió la puerta, pero muy poco.

—¡Entra tú! y nadie más.

Pero no pudo negarse á dar asilo á su sobrino, á pesar de su desconfianza.

—¡Vamos, entra tú también!

Y rechazaba á Juan, sin compasión alguna; fué preciso que Mauricio suplicara. Pero se obstinaba: ¡no! ¡no! ¡no quiero que entre gente desconocida! ¡no quiero que entren ladrones en mi casa! Por último, Honorato, de un empujón hizo entrar á Juan y el viejo no tuvo más remedio que ceder, gruñendo, amenazando. No había aun soltado la escopeta. Luego, cuando los llevó á la cocina y dejó la escopeta cerca del armario y el candelero sobre la mesa, se sentó sin decir una palabra.

—¡Diga usted, padre, estamos muertos de hambre! ¡Ya nos dará usted un poco de pan y queso!

No contestaba, parecía que no oía, se volvía á cada momento para mirar por la ventana y ver si no venía alguna otra bandada á sitiar la casa.

—¡Tío, Juan es mi hermano! ¡Se ha quitado la comida de la boca para dármela y hemos sufrido tanto juntos!

Daba vueltas por la cocina, se aseguraba de que no le faltaba nada, ni siquiera los miraba. Sin decir

una palabra se decidió. Volvió á coger el candelero, los dejó á oscuras, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta con llave, para que nadie le siguiera. Le oyeron bajar las escaleras de la cueva. Tardó mucho tiempo. Y cuando regresó, cerrándolo todo, dejó encima de la mesa un pan grande y un queso, sin despegar los labios, en el silencio que sigue á las disputas. Además, los tres hambrientos se echaron sobre el pan, devorándolo, y solo se oía el ruido furioso de sus bocas.

Honorato se levantó y fué á buscar cerca del armario un cántaro de agua.

—Padre, hubiera usted podido darnos vino.

Entonces, con mucha calma, seguro de sí mismo, el señor Fouchard volvió á hablar.

—¡Vino! ¡no tengo ni una gota!... ¡Los del general Ducrot me lo han bebido todo, me lo han comido todo, me lo han robado todo!

Mentía, y á pesar de los esfuerzos que hacía se le conocía. Dos días antes había hecho desaparecer el ganado, algunos animales que tenía para su servicio, así como los destinados á la carnicería, llevándoselos de noche, escondiéndolos sin saber dónde, en la espesura de algun bosque ó de alguna cantera abandonada. Acababa de pasar algunas horas trabajando para enterrar el vino, el pan, las menores provisiones, hasta la sal y la harina, de modo que era inútil que registraran los armarios. La casa estaba limpia de polvo y paja. Se había negado á vender á los primeros soldados que se habían presentado algunas provisiones. Quién sabe, acaso se presentarían mejores ocasiones: y algunas

ideas indeterminadas de comerciante, se cruzaban en su cráneo de avaro paciente y pillo.

Al terminar, Mauricio habló el primero.

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted á mi hermana Enriqueta?

El viejo continuaba andando, echando ojeadas á Juan que no cesaba de tragar, y sin darse prisa, después de pensar mucho, dijo:

—¡Enriqueta! sí; la vi el mes pasado en Sedan... Pero he visto á Weiss, su marido, esta mañana, en compañía de su principal, el señor Delaherche, que le había ofrecido un asiento en su coche para ir á ver pasar el ejército en Mouzon, para distraerse.

Una ironía profunda se dejó ver en la cara del aldeano.

—Acaso lo habrán visto demasiado y no habrán podido divertirse, porque desde las tres no se podía andar por los caminos, atestados de soldados que huían.

Con la misma voz tranquila é indiferente, dió algunos detalles sobre la derrota del 5.º cuerpo, sorprendido en Beaumont, en el instante mismo en que hacían el rancho, obligado á replegarse, arrollado hasta Mouzon por los bávaros; soldados desbandados, alocados por el pánico, que pasaban por Remilly, le habían gritado que el general de Faily había vuelto á venderlos á Bismarck. Y Mauricio recordaba las marchas precipitadas de los dos últimos días, las órdenes del Mariscal Mac Mahon apresurando la retirada, queriendo pasar el Meuse á toda costa, cuando se habían perdido tantos días lastimosamente. Era demasiado tarde. Sin duda alguna el mariscal Mac Mahon, que se había enfurecido al

encontrar en Oches el 7.º cuerpo, que creía se hallaba en la Besace, había debido creer que el 5.º cuerpo acampaba ya en Mouzon, cuando este se había retrasado en Beaumont y se dejaba aplastar allí por el enemigo. ¿Pero qué podía pedirse á aquellas tropas tan mal mandadas, desmoralizadas por la huida y muriéndose de hambre y de cansancio.

El señor Fouchard acabó por colocarse detrás de Juan, el cual seguía devorando. Y friamente en tono de guasa:

—¿Qué tal va?—le dijo.

El cabo levantó la cabeza, y contestó:

—¡Empieza á arreglarse! ¡muchas gracias!

Desde que se encontraba allí y á pesar del hambre que tenía, Honorato dejaba de comer con frecuencia; volvía la cabeza al menor ruido que oía. Si después de muchas cavilaciones había faltado á la promesa hecha de no volver á pisar el umbral de aquella puerta, había sido por el irresistible deseo de volver á ver á Silvina. Conservaba dentro del cuerpo, contra su pecho, la carta que había recibido en Reims, aquella carta tan tierna, donde le decía que le quería siempre y que no querría á nadie más que á él, á pesar del pasado cruel, á pesar de Goliath y del pequeño Charlot, su hijo. Y no se acordaba más que de ella, y le molestaba no haberla visto ya, aunque procuraba ocultar su ansiedad á su padre. Pero pudo más el amor y preguntó á su padre, del modo más natural:

—Y Silvina, ¿no está ya aquí?

El señor Fouchard echó á su hijo una mirada oblicua.

—Sí, sí.

Después se calló, escupió y el artillero tuvo que volver á decir.

—¿Está acostada?

—No, no.

Por último el viejo comenzó á explicarse. Aquella mañana había ido al mercado de Raucourt, con su carricoche, llevándose á la criada. No era un motivo para suspender los negocios ni para que la gente dejara de comer carne, el que pasaran soldados. Como todos los martes, había llevado al mercado un cordero y un cuarto de vaca y terminaba la venta, cuando la llegada del 7.º cuerpo, le metió en un berengenal de todos los diablos. Corrían, se empujaban las gentes. Entonces tuvo miedo de que le robaran el carricoche y el caballo, y salió dejando á Silvina, que había ido á hacer algunas compras.

—No tardará en venir dijo, con voz tranquila. Se habrá refugiado en casa de su padrino, el doctor Dalichamp... Es una muchacha muy valiente, muy sumisa; tiene muchas y buenas condiciones.

¿Quería burlarse? ¿quería explicar por qué guardaba aquella muchacha que le había hecho reñir con su hijo, y á pesar del niño que había tenido con el prusiano, del que no quería separarse? De nuevo echó una mirada oblicua á Honorato.

—Charlot duerme ahí, en su cuarto, y ella no tardará mucho.

Honorato miró de tal modo á su padre que éste echó á andar de nuevo. Y el silencio volvió á reinar, infinito, mientras que, maquinalmente, recortaba trozos de pan, comiendo siempre. Juan continuaba comiendo, sin pronunciar palabra. Mauricio,